

4º—Copia de este Acuerdo se remitirá a la familia del extinto.

Dado en Bogotá, a veinte de marzo de mil novecientos cuarenta y cuatro.

José Vicente Castro Silva, Rector. Carlos Alberto Rodríguez Plata, Vicerrector. Antonio Rocha, Consiliario. José Antonio Montalvo, Consiliario. Héctor Julio Becerra, Secretario auxiliar. (Firmados.)”

Universidad Nacional.—Bogotá, marzo 25 de 1944.
Señor Rector del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario.—L. C.

Tengo el honor de transcribir a usted para que se sirva informarse, la proposición aprobada por el Consejo Directivo en su última sesión:

PROPOSICION:

“El Consejo Directivo de la Universidad Nacional registra en el acta de hoy su profundo pesar por el fallecimiento del esclarecido hombre de ciencias y letras, doctor Víctor E. Caro, profesor honorario de la Universidad, ex rector de la Facultad de Ingeniería y notable profesor de Matemáticas, durante mucho tiempo, en varias Facultades de la Universidad.”

Con sentimientos de la más elevada consideración, me suscribo de usted como su atento servidor,

(Fdo.), Otto de Greiff
Secretario general

EL RECTOR Y CLAUSTRO DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO PRESENTAN SUS AGRADECIMIENTOS POR LOS MENSAJES DE PESAR ENVIADOS CON OCA-SION DEL FALLECIMIENTO DEL SEÑOR DOCTOR DON VICTOR E. CARO, SINDICO-SECRETARIO QUE FUE DE ESTE COLEGIO MAYOR.

EL AMOR DE LAS ESTRELLAS

Por VICTOR E. CARO

El comedor de mi casa, que tiene más de campesina que de ciudadana, da sobre un risueño jardín, no muy grande, donde cultivo algunos rosales que, traídos del extranjero por correo postal, como mercancía, y resemebrados en la bondadosa tierra de Chapinero, han dado de sí ricas flores y bañado mi huertecillo en aromas de lejanas primaveras. Desde mi puesto, a la hora del almuerzo, gozo a mi sabor de ese regalo de los ojos, admirando los varios maravillosos matices de la rosa china y de la Dorothy, cuyos hojosos bejucos se abrazan a las columnas y paredes amorosamente, y viendo, acá y allá, cómo compiten en gracias y primores la roja Tepliz, la exquisita Nabonnand, tan grata y suave al tacto y a la vista como la piel de un niño, la espléndida y altiva Mac Arthur, la generosa Papa Gonthier, y ésta de melancólicos tintes, y aquella de vivos y alegres colores, y la otra de pétalos dorados como el sol...

Este jardín, por la parte del sur, linda al parecer con el cielo mismo, sobre cuyo fondo se destacan los frescos ramos que, mecidos por la brisa mañanera, imagino ser manos amigas que me dan la bienvenida agitando perfumados pañuelos multicolores.

De noche, a la hora de la comida, la escena cambia, la representación es otra. En tanto que en el suelo las plantas se recogen al sueño, envolviéndose en el manto de la sombra, florecen magníficamente los jardines del firmamento, con pródiga y opulenta cosecha de abundantísimas estrellas. Delante de mí, por el marco de ancha ventana abierta al infinito, van pasando lentamente las hermosas constelaciones australes, que de tiempo atrás me tengo bien conocidas. Por estos meses, en las noches despejadas, “el éter cruza y hasta mí descende” un luminar espléndido, uno de los más puros y limpios diamantes de la esfera celeste, el más brillante de

Vieja es ya y grande mi admiración y ferviente mi culto cuantos resplandecen en las regiones del sur: el coloso del cielo, como lo llama el astrónomo Berget.

por esa deidad consoladora que cada noche anticipa unos minutos su llegada, como si conociera la impaciencia con que la espero. Cuando no la veo, sé que allí está, tras oscura cortina, y que sólo aguarda que una ráfaga de viento barra las envidiosas nubes para derramar sobre mi casa la luz blanca y piadosa de su benigna faz. Esa estrella, que se llama Canopo, y que sólo cede en brillo y esplendor ante el lampo azul de Sirio, es una estrella en cierto modo nuestra, suramericana, dado que no nos viene de los Estados Unidos ni de Europa, donde ni la ven ni la conocen, hasta el punto de que en los tratados de cosmografía apenas se cita su nombre.

Contemplando esa gota de luz purísima, en la transparencia de nuestros noches andinas, y siguiéndola en su curso sosegado, en medio del séquito de luminas que la acompañan y que forman en esa zona del cielo un conjunto de belleza incomparable, me ocurre pensar o imaginar cuál debió de ser la admiración que la riqueza de ese hemisferio despertaría entre los primeros navegantes y conquistadores que vinieron a nuestras tierras. Al descubrimiento de las fértiles comarcas del nuevo mundo, iba precediendo el descubrimiento de las constelaciones del nuevo cielo, y no debió de ser éste menos asombroso que aquel para quienes conocían sólo en parte la geografía de las alturas.

Ils regardaient monter en un ciel ignoré
Du fond de l'océan des étoiles nouvelles.

Por una de esas coincidencias que dejan al hombre pensativo, los nuevos asterismos que se ofrecían a la contemplación de Colón y sus compañeros, eran en su forma un símbolo claro y perfecto de la misión providencial de aquellos hombres. Ellos vieron surgir tras las ondas de levante la inmensa constelación del Navío, con su casco, sus mástiles y sus velas de luz, y enderezar el rumbo victorioso, llevando en la proa a Canopo como un fanal, hacia los misteriosos abismos occi-

denciales. En pos de esa carabela celeste vieron los cuatro clavos de oro de la Cruz del Sur, y no lejos de ésta, como enseña de la conquista, la arrogancia del Centauro, que se levanta gallardamente sobre los cascos traseros, que son dos estrellas soberanas, también nuestras, una de las cuales es, como si dijéramos, la primogénita del cielo, la primera cuya luz llegó a la tierra. Adelante el Navío, luego la Cruz, en seguida el Centauro, y por último el Altar. Símbolo admirable y único, que perdura eternamente...

Mirando desde mi improvisado observatorio casero y semicampestre, con los sentidos del cuerpo y del alma,

el vistoso cielo
que de los astros todos los hermosos
coros alegran,

¿cómo es —me pregunto— que todo este conjunto de magnificencias, esplendores y armonías infinitas, que a las veces y en ciertos parajes toca en los linderos de lo sublime, deja indiferente a la mayoría de los mortales? ¿Por qué razón el conocimiento externo del cielo se ha hecho como una especie de griego o de latín, privilegio de unos pocos sabios y de algunos hombres medio lunáticos? ¿Cómo es que las personas cultas y educadas que saben comprender y apreciar las cosas bellas, la melodía de un canto, el ritmo de un verso, el claro-oscuro de un cuadro, el matiz de una rosa, no ven, ni sienten, ni oyen, por lo general, esa música extremada de las esferas celestiales esa poesía de la cítara de Dios, ese perpetuo florecer de los colgantes jardines de la noche? ¿Cómo se explica que los hombres que se avergonzarían de mostrarse ignorantes en achaques de cosas que han aprendido de oídas, en cuestiones geográficas, por ejemplo, no tengan empacho en confesar que nada saben de eso que se les mete por los ojos? Y cuenta que en los dominios del cielo no intervienen los apetitos ni las pasiones humanas, ni hay tratados de Versalles que barajen y muden a su arbitrio fronteras y límites, ni consejos municipales que den nombre de generales a lo que lo tuvo de dioses.

Allá arriba permanece intacta la obra de la Divinidad; las consecuencias del pecado original no han alcanzado a los astros, y el cielo de Adán y de Noé y el de los caldeos, es el mismo que admiramos hoy en día, o mejor dicho, hoy en noche. Sólo de tarde en tarde algún espléndido fenómeno llega a poner una nota fugitiva en la serenidad eterna. Ya es una de esas estrellas misteriosas que los astrónomos apellidan *novæ*, aparición repentina y aislada que en poco tiempo crece y brilla hasta hacerse visible en pleno día, y luego declina y se apaga suavemente, y que es a modo de ventana que de pronto se abre de par en par sobre la gloria y que una mano invisible viene luego a entornar o a cerrar completamente. Ya es una cometa, príncipe solitario que, arrastrando su capa de oro y su corona de brillantes, se muestra un momento en los dominios del sol y se aleja en breve, en viaje magnífico, a través de los infinitos reinos de Dios. Ora es la luna que se eclipsa para llorar la muerte de Fallon, su cantor; y ora es el estado mayor de los planetas que en conjunción con el sol, forma en los espacios una como guardia de honor para saludar en su vuelo a la eternidad el espíritu inmenso de Garavito.

Pero vuelvo a mi pregunta y a mi tema: ¿qué opinión nos formaríamos de las facultades de un hombre que, viviendo de ordinario en el campo y teniendo que recorrer todos los días, a pie o a caballo, un mismo trayecto, al cabo de muchos años de aquel continuo viajar no supiese dar noticia alguna tocante a los feudos que atraviesa, a los predios, campiñas, huertos y labranzas que bordean el camino, ni recordase los árboles, ríos, colinas y valles del suelo que pisa? ¿Pues qué diremos de nosotros mismos, que levantando los ojos al cielo en mil y mil noches de nuestra vida, no distinguimos a la roja **Antares**, corazón del **Escorpión**, de la blanca **Aldebarán**, ojo del **Toro**, ni conocemos la **Perla** azul de la **Corona Boreal**, ni hemos visto esos "repuestos valles de mil bienes llenos", las garras del **León**, ni la cabeza de la **Serpiente**, ni los cuatro cascos de **Pegaso**, ni la flecha siempre amenazante del **Sagitario**, ni hemos seguido los perezosos pasos de las dos **Osas**,

¿de bañarse en el mar siempre medrosas?

La astronomía matemática y la física y la química estelar, han adquirido en los últimos tiempos extraordinaria importancia, y todos estamos al corriente de los últimos descubrimientos y de las más avanzadas teorías cosmográficas y cosmogónicas, merced a las obras y escritos de vulgarización de sabios eminentes, como Flammarión, el abate Moreux, Ch. Nordman y el ilustre director del observatorio de Barcelona. Sin embargo, no existe hoy como antes, el simple amor de las estrellas, el gusto por la contemplación silenciosa de la bóveda celeste, el culto de los astros, ese culto casi religioso en que han coincidido en todos los tiempos todos los pueblos. Ya no hay reyes que, como don Alfonso el Sabio, se olviden de las cosas de la tierra por mirar a las del cielo. El hombre moderno, práctico, eficiente, tiene hartos intereses a qué atender y sobradas preocupaciones de carácter poco sentimental, para detenerse a admirar la estrella vespertina o para esperar, en una fría noche de diciembre, la salida esplendorosa del carro de Orión, seguido de los dos Canes, sobre las cumbres de los cerros orientales. A esta causa moral, relacionada con el espíritu de la época, se añade otra material, que concurre a fomentar nuestro despegó por ese género de aficiones: la difusión de la luz eléctrica. En la angosta faja de cielo que dejan entre sí los elevados edificios de una ciudad moderna profusamente iluminada, los luceros de primera magnitud brillan apenas como pálidas luminarias, y nada dicen al alma. En Londres, durante los últimos meses de la gran guerra, cuando se ordenó la extinción de toda luz durante la noche, para alejar el peligro de las bombas aéreas, los ingleses, en medio de la oscuridad de la tierra, levantaron los ojos al firmamento; abrióse amigo a su mirada el cielo, como dijo Pombo, y a pesar de sus clásicas brumas, admiraron sus bellezas y tuvieron especiales agasajos para la luna, de cuyas fases sólo tenían noticias indirectas por los almanaques y calendarios.

Por estas mismas razones, probablemente, los poetas, si no me equivoco, han dejado de lado esa fuente inagotable de

serenas meditaciones, de pensamientos hondos y de imágenes luminosas, y ya sólo de cuando en cuando alguno de ellos, habitador del campo, madrugando a cazar, se detiene ante las consteladas puertas de la noche, y sacudido por un soplo de lo alto, pulsa la lira. Y es lástima que no sean más frecuentes esos raptos y trasportes, porque en los himnos en que se celebran las cosas de arriba la inspiración viene de arriba. Para estímulo, solaz y aprovechamiento de los amantes de la poesía, deberían recogerse en un tomo, bajo el título de **Los poetas del cielo**, las composiciones a que me refiero. En esa colección, que podría abrirse con el nombre de Virgilio y cerrarse con el de Francis Jammes, figurarían con honor algunos líricos colombianos, y *La luna* de Fallon, el **Himno a las estrellas** de Caro, las **Constelaciones** de Rivas Groot, y algunas estrofas de Ortiz, Pombo y Flórez, brillarían con luz propia y resistirían el cotejo con las de inspiración análoga de Shelley, Victor Hugo, Sully-Prudhomme, Longfellow, Bello, Pastor Díaz y algunos más.

El conocimiento de las estrellas siempre es útil, su culto siempre es benéfico, su amor dulce y consolador; y nadie debiera eximirse de aprender siquiera las primeras letras de esa ciencia que eleva el espíritu y ennoblece la vida. Cualquiera que sea nuestra profesión o empleo, cualesquiera que sean las circunstancias en que nos encontremos, las estrellas tienen siempre una palabra que decirnos o una lección que darnos. El poeta, arqueólogo de la noche, lee como en un libro el sentido oculto de esos jeroglíficos misteriosos; el astrónomo halla en esos signos la explicación de las leyes universales; el filósofo, escrutador de lo infinito, asciende por esos peldaños de luz hasta la idea del Ser supremo, causa primera de todo lo creado; y el pensador cristiano considera el cielo visible como el revés del otro, del de las almas, y toma las constelaciones como un símbolo o imagen de las muchas moradas que hay en la casa del Padre. El geógrafo no puede trazar los círculos de la tierra sin consultar los astros, y el químico advierte que el microscopio no es sino un telescopio invertido. Las estrellas

son faro del marinero, antorcha del explorador, guía del extraviado caminante. El campesino las interroga, y el pastor, en la soledad de sus riscos, habla con ellas. Con sus hebras de oro tejían antes los enamorados corazones la trama de sus sueños de ventura; ellas fueron testigos de muchas alegrías y confidentes de muchos pesares. Los que hemos movido los pasos lejos del suelo patrio, sabemos lo que vale la compañía y la amistad de las estrellas familiares; y los que tenemos amados despojos en extrañas tierras, sabemos también el consuelo que trae al dolorido pecho la lumbre de aquellos astros que, siguiendo un círculo determinado, como lámparas siempre encendidas, derraman su piedad desde el cenit sobre una tumba abandonada...

Desde el comedor de mi casa sigo el curso silencioso de esas deidades lejanas. El **Navío**, inclinando su proa, se hunde ya bajo el horizonte, y ante mí fulgura sin velo la **Cruz del sur**, en cuyos brazos, como en un piélago de claridades, van a confundirse las dos grandes corrientes de la vía láctea.

Y vienen a mi memoria las estrofas de la **Noche serena**:

¿Quién es el que esto mira
y precia la bajeza de la tierra?...

DON VICTOR E. CARO, LITERATO Y HOMBRE

Por JOSE MARIA CHAVES

Sólo en espíritus muy superiores la muerte llega a perder su ancestral temor. Desde los tiempos más antiguos las representaciones de ella se hicieron en figuras temerosas y esqueléticas. Cuando la guadaña deja de tener para un hombre ese valor simbólico de segadora de vidas es porque el alma ha llegado a la plena conciencia de su fin trascendente y deja entonces de inquietarle la muerte del cuerpo, que es prisión y cadena. Pero mucho más elevada que esa actitud es aquella que algunos han llamado "nostalgia de la muerte", caracterís-